

Pablo Andrés Escapa



Fábrica de prodigios

Pablo Andrés Escapa

Fábrica de prodigios

Pablo Andrés Escapa, *Fábrica de prodigios*
Primera edición digital: febrero de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-639-9

© Pablo Andrés Escapa, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Colección Voces / Literatura 272

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles y suspendiendo los ánimos, anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe.

Miguel de Cervantes

PÁJARO DE BARBERÍA

*Pájaro del olvido,
jamás te tuve más cierto en mi memoria.*

José Ángel Valente

1

Pasan las generaciones y sigue inmóvil el pájaro.

Yo lo miro acaso inútilmente, queriendo comprender. A veces sueño que ha girado la cabeza o que entreabre las plumas y me despierto, temeroso de esa señal. Entonces busco en la penumbra su jaula hasta que la presencia recogida del ave en el palo, la misma de ayer y de anteayer y de hace un año y otro, me devuelve la calma. Pero ¿hasta cuándo, me pregunto, se prolongará esta ilusión de eternidad? Ahora cierro los ojos tranquilo mas sé que la inquietud volverá mañana, o tal vez dentro de un rato.

Antes de dormirme pienso en la tiranía insoportable del pájaro: le basta estar inmóvil para mantenerme en vilo.

Nunca pude percibir un solo temblor en el ave, ni siquiera el espejismo de un párpado que se cierra sorprendido por una súbita estridencia. En diversas ocasiones he roto el silencio con una palmada buscando una reacción que nunca se produce. Se diría que la larga clausura hubiera dejado al pájaro anclado a su plumaje, que parece una coraza. También yo me acerqué una primera vez a comprobar ese aire de artificio, y a punto de extender un dedo para provocar una reacción en el pájaro, me detuvo la voz de su dueño: «No lo moleste. Está contando».

Recuerdo obsesivamente aquellas palabras. Tantos años después sigo buscando en ellas un orden, la raíz de una condena que me sujeta al misterio insensato del ave. Y es entonces, en la seguridad de que hay un principio para poner letra a mi desconcierto, cuando siento la urgencia de escribir. Exaltado por el insomnio me enfrento al papel. Pe-

ro temo ya ser incapaz de dejar una palabra que no esté encadenada a la obsesión, a la quimera. Si escribo, razono, es para negarla. Advierto entonces que el resultado puede ser peor, porque haré más seguro el desvarío.

El pájaro, entre tanto, vela inmóvil en su jaula, como la mañana que lo vi por primera vez en una barbería sin nombre. Escrito en el albarán que ordenaba la ruta y la clientela que yo debía abastecer, aquel local cabía en media línea cuya seña indicaba únicamente «Casa el Mudo».

2

Como todos los visitantes de la barbería de Belarmino Santos –me negaré siempre a llamarle «el Mudo»–, cedí a la fascinación del pájaro la primera vez que puse el pie en su interior. Fue el día de mi estreno en la ruta que entre los del gremio habíamos empezado a llamar «de la Seda». El nombre hacía poco honor a la verdad de una geografía accidentada, con predominio de gente áspera y sombría adondequiera que se mirase, y por la que no se cruzaba impunemente.

Una de esas fatalidades derivadas del camino le había ocurrido a Eliseo Valbuena, que viajaba artículos de tocador. Según lo veo ahora, lejos de la compasión que nos inspiró el aspecto de Eliseo a la vuelta de su embajada más calamitosa, no cabe achacar a la adversidad lo que se le vino encima, sino a su falta de precaución a la hora de hablar. Eliseo eligió también mal sitio para esparcir su elocuencia: por encarecer el género, cantó ante una barra concurrida y con algún vino de más, las virtudes que cierta crema obraba sobre la piel más celosamente oculta de las mujeres, y se detuvo en una cuyo nombre dejó entender. «Entre los oyentes», acabaría reconociendo Eliseo en sucesivos repasos del episodio, «descubrí tarde al barbero de La Elegante, hombre célebre por afilar la lengua en el mismo cuero que la navaja».

Fue cuestión de un par de horas –las que tardó en comer– que a Valbuena le saliera al paso el marido cornudo cuando se inclinaba a ordenar la mercancía en el maletero y, sin darle tiempo a enderezarse, le sacudiese hasta dejarle, según testimonio del propio paciente, «como la seda». La aventura acabó dejando también a la mujer afecta al ramo de textiles, una vez que el marido la sometió a idéntico tratamiento manual: «como un guante», resumía Eliseo el resultado. Cuando se recuperó de la paliza, lo pasaron a coloniales y le cambiaron de ruta, la de la raya con Portugal. A mí me correspondió su herencia de cosméticos y suspicacias en tierras plenamente nuestras.

Emprendí el primer viaje con recelo. Soy hombre poco animoso, quizá entregado a cavilaciones en exceso. Preveo las cosas con precisión, sin temores arbitrarios, pero jamás he tenido valor para rebelarme contra la necesidad de que acaben siendo ciertos. Aquel nuevo itinerario me incomodaba. Entre tanta curva peligrosa y tanta burla contenida en la mirada de los clientes que iba visitando –no faltó quien preguntara con retintín por Valbuena–, fui a encontrar el mejor reparo a mi ansiedad en la barbería de Santos, mediada la ruta. Había pasado de largo en mi viaje de ida porque encontré cerrado el portal que daba acceso al negocio. Al mirar por la ventana, que renunciaba a la discreción de una cortina o de cualquier otro recurso en favor de la más elemental intimidad, descubrí el único signo de vida interior en aquella barbería: un ave exótica dormida en su jaula.

Nunca olvidaré aquella primera impresión, acaso avivada por un viento furioso que todo lo desordenaba fuera. Visto desde la calle, en pleno azote del torbellino, el reposo del pájaro tenía algo de desafío y su inmovilidad hallaba aún mayor motivo de refuerzo frente a la sombra alborotada que una morera, sacudida por el ventarrón, proyectaba sobre la pared del fondo del local.

A mi regreso, moribunda ya la tarde, apenas había cambiado el escenario salvo por el hecho de que el portal estaba abierto y el viento en calma. A mano izquierda, mediado un zaguán leproso y con olor a humedad, se abría la

puerta de la barbería. Entré en aquel recinto más bien austero donde, tras el pasaje oscuro del portalón, volvió a hacerse la luz gracias a su ventanal abierto como un ojo atento a la carretera. Fue suficiente aquel paso para advertir que tras la puerta alentaba un mundo erigido sobre los pilares de la intemporalidad y del silencio. Después de una jornada de ingratas transacciones con clientes suspicaces y propensos a recibir noticias crueles de mi predecesor, casi agradecí la indiferencia con la que me recibió el pájaro cuando me acerqué a la jaula. Pronto tuve ocasión de comprobar la misma falta de interés por parte del barbero, que solo abrió la boca cuando me vio rondar junto a la percha que sostenía al animal. «No lo moleste. Está contando». Volví los ojos y encontré a un hombre sentado que hablaba sin levantar la vista del periódico.

A Santos no le vendí nada en aquella primera visita. Me escuchó con las manos a la espalda, apoyado en un radiador de su local. Con la mirada perdida en sabe Dios qué extraños rumbos, el barbero parecía tan poco interesado en la mercancía que yo le pudiera mostrar, que no llegué ni a abrir el catálogo que llevaba bajo el brazo. Sin afán alguno por incomodarlo ni por corresponder inversamente a lo que juzgué entonces como una manifestación de tacañería por su parte, le pedí que me cortara el pelo y me afeitase. En realidad, lo hice por el mero alivio de prolongar el amparo de aquel refugio donde no se demandaban exposiciones del género ni se hacían preguntas sobre mi predecesor. Santos se limitó a sacudir en el aire el faldón y a indicarme con un gesto que me sentara. El resto del servicio fue un monólogo de la tijera masticando el aire y esa especie de expansión que parece respirar la navaja después de cada viaje tembloroso sobre la piel.

Mientras tanto el pájaro, inmóvil en su jaula, velaba por la quietud de la tarde.

Nunca he sabido la edad del pájaro. Sé, en cambio, que no puedo imaginarlo en movimiento, ni siquiera antes de haberlo conocido en la barbería. Desde que su dueño lo instalara dentro de una jaula que podía verse reflejada en el espejo, el ave dio muestras de haber nacido para la cavilación, o para la vida ensimismada de los objetos de tocador. Y aún los aventajaba en su inopia: la brocha de afeitar, erigida en posición de reposo, prometía más vitalidad que aquella criatura de colores; la decantación de la polvera tras una sacudida en la mano del barbero era un alarde de ajetreo y levedad comparado con el plumaje siempre inmóvil, casi plúmbeo, del ave prisionera; y la tijera, recién abandonada sobre una repisa, arrastraba tras de sí una memoria de vuelo sonoro entre los dedos que parecía denunciar con cada dentellada al aire la condición eternamente muda de aquel pájaro. Todo en él conspiraba contra su naturaleza estática solo para confirmarla: el copete de plumas negras a punto del desmayo –pero sin decaer jamás–, la mancha roja envolviendo con su ilusión de brasa ardiente la mirada fija, y la cola airosa, como un péndulo aventurado en el aire que, sin embargo, no oscilaba ni con las corrientes más vivas que se colaban al abrir la puerta de la barbería.

No se entendía aquella conjunción de garbo natural resuelta en la inmovilidad más absoluta. Acaso el cautiverio tuviera que ver con la tristeza del ave, cuyo aspecto exótico invitaba a imaginarla en una vasta libertad de selvas sonoras. Pero ni siquiera los gorjeos de un cantor flamenco en la radio de la barbería, o el chorro del agua invitando desde el grifo a prolongar su voz con un canto, habían logrado nunca arrancar una nota del pájaro. A lo mejor no tenía memoria, o tal vez era un ave tímida hasta confundir la existencia con el silencio. Los años de clausura bien podían haber obrado aquel retraimiento inigualable. Mas lo cierto es que el pájaro se había quedado inmóvil desde el primer día, es decir, desde que las manos del barbero lo dejaran dentro de la jaula una mañana de sol, como quien deposita una memoria colmada en algún punto tan delicado de la existencia que su fragilidad no admite alteraciones.

El adelgazamiento progresivo de un taco de calendario sujeto a la pared, junto a la jaula, era el único signo de cambio de la barbería. Aquella metamorfosis lenta pero rigurosa, contribuía a incrementar la impresión de inmovilidad del ave, que permanecía milagrosamente incólume frente a la carrera del tiempo.

Pasados unos años llegaría a saber yo que el pájaro era capaz de moverse. Lo hacía para beber, siempre de noche. Nunca llegué a verlo pero poco me costaba imaginar aquel mínimo tránsito que apartaría al ave del palo infundiéndole tal pesadumbre que me venía a la cabeza cierta imagen de un estilista lleno de disgusto por abandonar, siquiera momentáneamente, su alcázar de virtud. Para aquella criatura, el refresco del agua, aun en el amparo de la oscuridad, había de resultar una carga oprobiosa de la naturaleza, una necesidad asumida únicamente porque garantizaba la prolongación en el tiempo de la vida inmóvil. Tampoco el barbero hacía más movimientos de los precisos y a fuerza de años de obrar con freno había logrado ejercer su oficio sin apenas tocar la materia ni desplazarse en torno a las cabezas sometidas a su industria.

No sé cuándo llegué a una conclusión sobre aquellas abstinencias que, al menos, tuvo la virtud de justificar mis días de viajante: quizá todo se redujese a una simple afinidad entre los dos inquilinos más ascéticos de la barbería. Aquel había de ser un pájaro místico –me dije–, y en esa inclinación se avenía maravillosamente con el alma de su dueño, al que nunca fui capaz de venderle ni un peine de concha.

4

El sillón de un barbero, sobre todo si este cumple con las exigencias de silencio y decoro que pide Monsieur Villaret en su *Arte de peinarse a sí mismo y a los otros sin perder la compostura*, es una plaza admirable para la introspección. A instancias de Eliseo Valbuena había leído yo

ese manual antes de emprender la ruta que él recorriera tantas veces.

–Te vendrá bien saber a qué te enfrentas en el ramo – me advirtió con voz fatigada, aún convaleciente de su último viaje y tendiéndome el libro desde una cama algo mu-grienta.

De poco le había servido a él, la verdad, pero por lo que fui leyendo, la figura del barbero indiscreto que le había atraído la desgracia, poco tenía que ver con el modelo de contención que Villaret ponía como espejo del oficio. «Peluquero novelero o charlatán, inspira desconfianza e importuna, página 32», recuerdo que recitó Eliseo como quien alega la autoridad de un versículo bíblico. Luego terminó advirtiéndome que, por desgracia, no todos los barberos cumplen el precepto y que, si bien lo nuestro era vivir de la palabra, no hiciera alardes para evitar riesgos mayores.

Aquel primer día, sentado en la silla de Belarmino Santos, barbero que encarnaba hasta el extremo las virtudes predicadas por Monsieur Villaret y las extendía incluso en torno suyo, me entregué yo a cavilaciones que mezclaban la voz dolorida de Eliseo con preocupaciones propias, interrumpidas de vez en cuando por el recuerdo de otra barbería a la que me llevaba mi madre de niño. La de mi infancia en nada se parecía a esta por más que ambas compartiesen la condición de ser locales modestos, limpios y luminosos. Y aunque en mi memoria triunfaba un aire de fiesta perpetuo, asentado en los gorjeos que esparcía Juanito Valderrama desde un aparato de radio colgado de la pared, al que se sumaban los trinos muy tenaces de un canario de color naranja que emitía en rivalidad con el transistor desde la cima del perchero, lo cierto es que la mezcla de pensamientos, preocupaciones y recuerdos acababa fatalmente encallando en el marasmo real de la barbería de Belarmino Santos con su ilusión de tiempo detenido. Allí sentado, expuesto a la melodía de la tijera y a la gravitación del barbero alrededor de mi cabeza, todo se concertaba para avivar una curiosidad, casi obsesiva, por saber algo so-

bre el hombre al que la hoja de ruta aludía como «el Mudo», y sobre el pájaro de especie indescifrable que le acompañaba en su misterio.

Lo que podría considerarse, a la luz de la filología más exigente, como un primer conato de diálogo entre Santos y yo, no se produjo hasta mi tercera o cuarta visita a la barbería. Pero, en honor a la verdad, no fue una conversación espontánea sino inducida por la entrada de una mujer al local. Iba vestida de luto, su gesto era severo y tenía entre las manos una cartera de la que asomaban las cuentas de un rosario. Sentado ante el espejo, yo las veía oscilar entre los dedos nerviosos de la mujer y el reflejo inmóvil de los frascos de loción. Se dirigió a Santos para recriminarle su falta de caridad: por lo visto, se negaba a teñirle el pelo a una hermana que ella tenía a su cargo, postrada tras una caída de la que, a juicio de todos los médicos, nunca se iba a recuperar. «Una inválida en vida», abundaba en la desgracia la mujer, «y a sus años». Luego, rehaciéndose con un suspiro, me miró a mí, como si quisiera involucrarme en su alegación. Sin quitarme ojo, cifró el límite del disgusto sobrevenido en el hecho de que a su hermana le había blanqueado el pelo de golpe, en cuanto ella, con las palabras mejor escogidas, le comunicó que no volvería a andar. Yo no sabía qué decir. En el espejo busqué a Santos y encontré su rostro sin signo alguno de alteración. Con incredulidad le vi mover los labios. Vuelto hacia la mujer, le oí decir que para la recuperación del ánimo convaleciente valía más que se estuviese con la enferma a toda hora, consolándola con su presencia, aunque fuese muda, en vez de andarle buscando tintes para el pelo.

El desplante del barbero me sorprendió tanto como la longitud de su respuesta. La mujer abrió mucho los ojos, que parecían gobernados por una locura repentina que los sacara de sus órbitas, y empezó a hacerse de cruces entre murmuraciones que fueron subiendo de tono hasta convertirse en una suerte de lamento resuelto en reproches encendidos.

De pronto, Santos le dio la espalda para dirigirse a mí. Inclinandose levemente, como quien procede a una confidencia, me pidió que le enseñara el muestrario. Su actitud me desconcertó, pero me levanté del sillón decidido. Sin quitarme el babero, por el que rodaron unos mechones de pelo hasta mis pies, hice un gesto a la mujer para que se apartara de la puerta y me dejase salir. La imposibilidad de Santos, al que imaginé manteniendo la posición de espaldas a la voz reprobadora mientras yo iba en busca del muestrario al coche, debió de sugerirle a la mujer un traslado de las hostilidades. Cuando regresaba, al pasar frente al cristal de la barbería, la oí decir:

–Y ese pájaro de mal agüero, qué, ¿sigue sin hacer nada?

La respuesta del barbero me alcanzó ya en el portallillo que daba acceso a su local.

–Los domingos se santigua con la pata.

Me crucé con la mujer en la puerta en trance de abandonar la barbería con gesto airado. Me miró ásperamente, como si fuera yo un cómplice de las ofensas administradas por el barbero. Entré en el local con el faldón retorcido sobre el cuello, en un torpe intento de echármelo a la espalda para liberar los brazos, y con una maleta en cada mano. Iba deprisa, por sorprender al barbero aún en el trance de la palabra recién ejercida. Quiero decir que llegaba con miedo de que la tregua contra el silencio hubiese ya expirado.

–¿Es verdad eso? –pregunté dando por supuesta una confabulación que nos eximía de ser más explícitos.

–El qué –dijo él.

–Lo del pájaro, que se santigua.

–Es pájara.

Y no dijo más, como si el género bastara para justificar la devoción del animal. Luego no me dejó desplegar la mercancía. Acabó de cortarme el pelo como siempre: con pulcritud y en silencio.

5

Durante mi primer año en la ruta de la Seda me corté el pelo y me afeité tres veces en la barbería de Belarmino Santos. El segundo año dupliqué las visitas. Llegué incluso a hacer peregrinajes en días que me correspondía descanso solo por entrar en aquella casa. Lejos de irse creando una familiaridad entre nosotros que favoreciera el diálogo, la reiteración de mi presencia en la barbería acabó por consagrar una ceremonia de gestos mínimos que, por encima de todo, excluían las palabras.

El ritual que iría asentándose llegó a contagiar los preparativos del viaje. Para el tercer año de servicio en la ruta, estaba yo menos atento a confirmar los pedidos y a ordenar la mercancía que a prescindir de afeitarme desde la semana anterior a mi partida. Y así, con una barba caprichosa que fue motivo de más de una desavenencia conyugal, se iniciaban diversos trámites a muchos kilómetros de una barbería cuyo interior procuraba yo atisbar mientras aparcaba el coche.

Con paso corto, al cruzar ante el ventanal, lo primero era descubrir a su dueño sentado, leyendo la prensa, o a veces sin otra ocupación aparente que no fuera la de extrañar la vista. Proseguían las formalidades tras mi ingreso en el local con un saludo que implicaba un movimiento más bien exiguo de las cabezas, al que sucedía el abandono del periódico en una mesilla, o el regreso de la profunda lejanía, la invitación mediante un gesto a que me sentara, y la sacudida sonora del babero, como una ilusión de alas que reventaran en el aire y, apenas lucidas, replegasen su vuelo falleciente en torno al cuello. Por fin, sometido al imperio de aquel faldón que en su desmayo parecía restaurar la gravedad sobre los cuerpos, buscaba en el espejo al barbero para recurrir a las únicas palabras del trato: «corte y barba». Antes de que el peine me rozara la nuca, echaba yo un vistazo a la jaula, cuyo pájaro hermético era la última impresión del local con la que bajaba la vista hacia el regazo. Ce-

rraba entonces los ojos y la voz metálica de la tijera llenaba el aire inmóvil de la barbería.

Si hago memoria, no logro recordar más clientes que yo mismo en aquel templo de silencio y soledad. Inevitablemente, cada visita derivaba en una inspección que pudiera descubrir rastros de otros parroquianos. Nunca hallé el menor signo de que por el sillón de la barbería hubiera pasado alguien poco antes que yo. Llegué a pensar que si destapaba el pequeño cubo de basura que había en un rincón, junto a la ventana, encontraría exclusivamente los restos del pelo de mi corte anterior.

Tampoco el nivel de alcoholes y colonias, siempre constante, hacía necesario que ofreciera yo la reparación de los frascos recurriendo al muestrario. En la barbería de Belarmino Santos no debía alterarse ni el agua de la cisterna de un minúsculo cuarto de baño que había junto a la entrada. Si alguien tirara de la cadena, preví más de una vez, el agua abandonaría el mundo visible sin el menor ruido. El rociador era otro misterio: siempre estaba en las últimas pero nunca se agotaba. La propiedad inmutable no era exclusiva de los líquidos y contagiaba también a la materia sólida. Por lo que pude ver, Santos prescindía de cuchillas y la navaja de afeitar parecía un instrumento eterno que renaciera con cada pasada por el cuero de afilar. Era una Korff & Honsberg de factura impecable, con las cachas de marfil, una navaja muy superior a cualquiera de las que yo le pudiese ofrecer. Nunca me atreví a hacerlo, de hecho. Todo se mantenía en el local como si el tiempo y la gravedad que dictan el giro de la tierra hubiesen sido abolidos. La evaporación también había de estar proscrita de aquel recinto. Si no pareciera un desatino, llegaría a jurar que hasta las arrugas de la toalla colgada de una percha y la caída del babero en su reposo sobre el respaldo de la silla, eran siempre idénticos.

Aquella invencible inercia no me eximía, sin embargo, de porfiar. Con poquísima convicción –bien es cierto– descargaba yo las maletas en la barbería de tarde en tarde. Solía justificarme ante el barbero alegando novedades en